REVOLUCIÓN FRANCESA, ESTADO NACIONAL E INTELECTUALES

*Marcos Kaplan**

El bicentenario de la Revolución Francesa ha dado lugar a un considerable esfuerzo de reconsideración de este fundamental fenómeno histórico. La nueva revisión se ha traducido en una masa de investigaciones, estudios y debates de todo tipo y signo. Se ha constatado una vez más la permanencia y trascendencia de la Revolución Francesa en el examen crítico-científico, en el debate ideológico, en el enfrentamiento político, en la opinión pública y en el imaginario colectivo. Casi desde su emergencia, cada generación ha elaborado, mantenido, revisado o modificado versiones cambiantes y contrapuestas de la Revolución Francesa, de sus diversas fuerzas y tendencias, de sus aspectos y protagonistas, evidenciando la importancia política, cultural e ideológica que ha revestido y conserva para los franceses, pero también para otros pueblos, como los de América Latina. Un contexto de múltiples crisis que sacuden al mundo, a sus bloques, sistemas y regímenes con múltiples impactos y secuelas ha dado lugar a una reconsideración intensa y profunda de las proyecciones, actualizaciones y perspectivas científicas e ideológico-políticas de la Revolución

35

* Instituto de Investigaciones Jurídicas, UNAM.

Marcos Kaplan

Francesa. El bicentenario reitera y amplifica esta imagen de permanencia y trascendencia.¹

Interesa aquí examinar brevemente el modo como la Revolución Francesa, sus prolegómenos, sus desarrollos y sus secuelas operan un formidable impulso a la emergencia del Estado contemporáneo por una parte y al desarrollo de los intelectuales con un papel sociopolítico y cultural ideológico por otra, así como a una diversificación de sus interrelaciones.

Como procesos históricos generales, la Revolución Industrial (y su correlato en la instauración definitiva de una Economía Mundial) y la Revolución Francesa son dos grandes canales de acceso y pilares de la Modernidad. La Revolución Francesa será la manifestación central y definitiva de la crisis del Antiguo Régimen. Ello obedeció ante todo a la importancia (demográfica, económica, cultural, política, militar) de Francia en el escenario del mundo euroatlántico; al carácter masivo, radical y permanente que va adquiriendo el proceso revolucionario; a su voluntad ecuménica que, a diferencia de la Revolución Inglesa del siglo anterior, la lleva a autoproponerse como modelo a los otros pueblos del mundo, exportándola a Europa y la cuenca mediterránea por todos los medios militares, políticos y diplomáticos a disposición del Estado francés.

La Revolución se origina en las condiciones específicas de Francia, pero se ve forzada a desarrollarse y transformarse sin disponer de precedentes históricos ni de modelos prestigiosos. Avanza hacia lo desconocido; recurre a un grado notable de invención histórica; propone una variedad de opciones, las confronta y somete a la dura prueba de la práctica, proyectándose hacia el futuro. De allí la notable riqueza de alternativas y vicisitudes políticas que se comprimen en sólo un cuarto de siglo. El ciclo abarca la crisis del despotismo ilustrado y el intento de autorregeneración del Antiguo Régimen; la reforma liberal y girondina; la revolución jacobina; el equilibrio inestable entre revolución y contra-

¹ Ver Jacques Solé, *Penser la Révolution Française*, París, Editions du Seuil, 1988.

REVOLUCIÓN, ESTADO E INTELECTUALES

revolución que se da en la fase termidoriana-directorial; el intento de síntesis representado por el primer bonapartismo.

La Revolución Francesa, como cualquier otro fenómeno similar, no puede ser un modelo a imitar. En cambio, sí constituye un notable ejemplo de la creatividad humana para la invención histórica. Es un rico depósito de experiencias, una suma de enseñanzas, un laboratorio histórico a disposición de los científicos sociales. Su herencia es vasta y diversa, y los problemas que se planteó y los dilemas que debió enfrentar conservan actualidad.

La herencia problemática de la Revolución Francesa incluye ante todo el aporte a la creación de un prototipo de Estado Moderno y el esbozo de las diversas modalidades de régimen político que aquél puede adoptar. Ya en el propio curso de la Revolución, la Democracia se presenta con su variedad de manifestaciones, sus potencialidades y sus límites, sus grandezas y miserias, sus contradicciones internas y las que tiene con otros componentes del sistema social y del Estado, sus virtualidades de extensibilidad permanente hacia formas más amplias y profundas de realización. La Revolución Francesa y el Imperio bonapartista plantean también las nuevas y complejas relaciones que el Estado moderno establece con el Derecho por una parte y con el proceso de desarrollo por otra. Es una fase decisiva en la emergencia y evolución del Estado de Derecho. Demuestra el papel determinante del Estado en un proceso de desarrollo integral. Lo demuestra, positivamente por la creación de prerequisites y componentes, no sólo del crecimiento y la modernización sino también del desarrollo integral, y negativamente por los costos de la Revolución y el Imperio que retrasan por muchas décadas el despegue hacia la industrialización y la modernización general del país. A ello se agrega la importancia creciente que, ya con el Antiguo Régimen, pero sobre todo con la Revolución Francesa, el bonapartismo y sus múltiples consecuencias van adquiriendo los intelectuales e ideólogos, los profesionales de la cultura, la ciencia y la técnica, administradores y juristas. El peso e influencia de los intelectuales progresan paralela y entrelazadamente con el del Estado. Es en esta fase histórica que se perfila ya una tipología de los intelectuales en función de las relaciones que establecen con el poder del Estado. En lo que sigue se examina el

Marcos Kaplan

ascenso de los intelectuales, y una primera tipología de éstos, con relación al desarrollo del Estado en el modelo francés.

Desarrollo del Estado francés

El desarrollo del Estado francés que lo convierte en paradigma del Estado moderno exhibe un proceso evolutivo que lo lleva, de un vigoroso feudalismo monárquico a la Revolución, pasando luego por el Thermidor y el Directorio, el Consulado y el Primer Imperio, la Reestructuración y la Monarquía de Julio, para culminar con el Segundo Imperio.²

El Estado nacional es —en la Europa Occidental de la Baja Edad Media y de la temprana Edad Moderna— productor y producto del proceso de emergencia de una realidad nueva, de un cúmulo de fenómenos en parte espontáneos y en parte determinados por la intervención de poderes políticos. Esta constelación abarca y entrelaza: matrices de cambio, acumulación de recursos y riquezas y de medios de acción, extensión del comercio y de las comunicaciones, mercado nacional, ascenso de burguesías, constitución y consolidación de pueblos y nacionalidades, desarrollo de conciencias nacionales. De estos componentes y procesos y de su estructuración como conjunto en la nueva sociedad civil, nace el Estado nacional centralizado que a partir de sus diferentes precedentes históricos se instituye cada vez más como poder político relativamente autónomo y en expansión. El nuevo Estado multiplica sus intervenciones, produce y unifica la sociedad nacional, la trabaja y modela, le impone su supremacía y tiende a absorberla. Sus ámbitos y funciones se despliegan

38

² Sobre la formación y naturaleza del Estado francés antes de la Revolución, ver: Robert Mandrou, *La Raison du Prince - L'Europe Absolutiste 1649-1775*, París, Editions Marabout, 1980; E.N. Williams, *The Ancient Régime in Europe - Government and Society in the Major States 1648-1789*, Penguin Books, 1979; Reinhard Bendix, *Kings or People - Power and the Mandate to Rule*, Berkeley, University of California Press, 1978; Perry Anderson, *Lineages of the Absolutist State*, London, Verso Editions, 1979; Hubert Métchivier, *L'Ancien Régime*, París, P.U.F., 1974.

REVOLUCIÓN, ESTADO E INTELLECTUALES

a la vez en lo económico, lo político, lo social, lo cultural, lo espacial, lo jurídico-institucional.

La Revolución Francesa, en sus diversas fases monárquico-constitucional, girondina, jacobina termidoriana-directorial- continúa, como bien comprendió Alexis de Tocqueville,³ esta tarea histórica del Antiguo Régimen, la libera de formas rígidas y límites estrechos, la extiende y profundiza. El Estado capta los cambios profundos que se vienen produciendo durante el siglo XVIII y que se manifestarán en la espontaneidad revolucionaria; se racionaliza y centraliza; crea la ideología y los mitos que posibilitan o refuerzan su legitimación. La nueva ideología que va emergiendo del Siglo de las Luces primero, y del proceso revolucionario luego -con una mezcla de continuidad y de fractura entre ambas fuentes-, establece un lazo indisoluble entre Estado, pueblo y nación, razón, ley. Tras este vuelo ideológico, el Estado se vuelve promotor y productor de la nación más que a la inversa; hace converger los caracteres locales, regionales y clasistas, los homogeniza y los absorbe en la identidad colectiva de lo territorial, lo étnico y lo nacional.

De hecho, como destaca Pierre Birnbaum, en un proceso único, la Revolución Francesa hace surgir la nación, da al pueblo un papel de primer plano, y refuerza al Estado, lo institucionaliza, lo diferencia de las periferias, lo autonomiza de la sociedad y de sus principales clases y grupos. La triple reivindicación de la libertad, la igualdad y la fraternidad se afirma y despliega de modo paralelo y entrelazado con la destrucción de los organicismos: órdenes, estamentos, corporaciones, particularismos regionales y locales. Se suscita y logra así la formación de un nuevo sistema que se constituye y funciona a partir y a través de una comunidad y compromiso de los ciudadanos. Estos ven reconocidos y codificados sus derechos y deberes como ciudadanos, pero deben renegar de todas sus lealtades periféricas y entablar relaciones directas con la soberana autoridad del Estado fuertemente diferenciado de las periferias sociales y espaciales, autonomizado, movilizador y atomizador de masas. Francia ejemplifica un caso notable de estatización de la nación, de predominio

³ Alexis de Tocqueville, *L'Ancien Régime et la Révolution*, Paris, Gallimard, 1967.

Marcos Kaplan

del aparato político-administrativo, civil y militar del Estado que asegura, de modo incesante y simultáneo, su institucionalización, su autonomización, su ingerencia y dominio sobre la nación.

La Revolución crea un autoritarismo político y administrativo, más moderno, más fuerte y eficaz, un despotismo más vigoroso que el del Antiguo Régimen. Monárquicos constitucionales, girondinos, jacobinos termidorianos, directoriales y brumarianos, desconfían del sistema electoral y del régimen parlamentario. Partes integrantes aunque mutuamente conflictivas de la élite política e intelectual, aquéllos coinciden, no en la instauración de un régimen liberal, sino en la preparación de las condiciones para la dictadura bonapartista.

Intelectuales y poder estatal

Desde la perspectiva de desarrollo del Estado francés, como institución, como aparato y como personal tendiente a convertirse en capa social, de su intervencionismo y autonomización, es posible presentar un cuadro de los tipos de relaciones que diferentes grupos intelectuales entablan con aquél.⁴ Las categorías que a continuación se examinan son:

1. El intelectual crítico-reformista, que busca una transformación progresiva de la sociedad y del Estado, de signo modernizante, sin actuación directa como protagonista político, mediante la influencia sobre quienes detentan el poder.
2. Los Jacobinos como actores con proyecto propio.

⁴ Sobre el desarrollo del papel de los intelectuales y de sus relaciones con el poder político y el Estado ver: Jan Wacław Makhański, *Le Socialisme des Intellectuels*, Paris, Aux Éditions du Seuil, 1979; Alvin Gouldner, *The Future of Intellectuals and the Rise of the New Class*, New York, Continuum, 1979; G. Konrad/I. Szelényi, *La Marche au Pouvoir des Intellectuels - Le Cas des Pays de L'Est*, Paris, Editions du Seuil, 1979.

REVOLUCIÓN, ESTADO E INTELLECTUALES

3. Los científicos al servicio del Estado.
4. Los "Ideólogos" como tentativa de asunción del papel de *intelligentzia*, consejeros del príncipe, poder detrás del trono.
5. Los intelectuales contrarrevolucionarios para la restauración conservadora.

El intelectual crítico-reformista y el proyecto modernizante

La sociedad francesa del Antiguo Régimen en la época del despotismo ilustrado y la que va emergiendo de la Revolución y del Primer Imperio, se singularizan cada vez más por el avance, el distanciamiento y el promedio de lo político-ideológico respecto a lo económico y lo social. También por la presencia, influencia y eficacia de los núcleos intelectuales que constituyen una pléyade de filósofos, científicos, economistas, literatos, periodistas, enciclopedistas y pensadores políticos. Estos núcleos están además sostenidos y vehiculados por una capa social más amplia del mismo tipo. Ambos componentes en conjunto se vuelven capaces de adquirir una importancia desproporcionada en lo cultural, lo ideológico y lo político, que irán transformando en práctica política para competir con otros actores por la influencia, el poder y el control sobre el Estado.⁵

La nueva categoría social se expresa y se realiza por su papel en el Iluminismo y encuentra su simbología y su monumento en la Enciclopedia. Se define por su fe en la Razón y en la Ciencia; por la guerra a todas las formas de irracionalidad y de oscurantismo; por la pérdida de fe en los sistemas metafísicos, cerrados, axiomático-deductivos; por la confian-

41

⁵ La importancia desproporcionada de los intelectuales en la fase previa a la Revolución es tempranamente destacada por Tocqueville en su *L'Ancien Régime et la Révolution*.

Marcos Kaplan

za en la capacidad humana para descubrir leyes naturales de validez universal.⁶

La investigación del mundo natural y del mundo social, el logro de los modelos de explicación y comprensión para unos y otros, no se logran por la deducción pura, sino según el modelo de las Ciencias Naturales. El énfasis es puesto en el análisis, la experimentación, la observación, la base empírica, la interdependencia análisis/síntesis; la fusión del racionalismo y del empirismo.

Se postula la similitud de las leyes que rigen la naturaleza y lo humano/social. Instituciones y valores dominantes son sometidos al análisis y a la crítica para demostrar su irracionalidad y antinaturalidad y la necesidad de su cambio, que permita el pleno desarrollo de las potencialidades humanas. Se propugna la marcha hacia un ser humano y hacia un orden social, más racionales, naturales y necesarios. El esfuerzo de crítica, duda, demolición respecto a lo existente, se acompaña con otro de construcción. El conocimiento de las fuerzas y tendencias reales permite dirigir las y controlar sus consecuencias. A partir y a través de la libertad y de la razón, son posibles el perfeccionamiento del individuo y el progreso de la sociedad.

Por sus orígenes sociales, sus protagonistas, sus difusores y sus apoyos, por sus relaciones con los principales actores de la sociedad y la política de la Francia anterior a 1789, el Iluminismo no constituye una ideología ni una propuesta de tipo revolucionario, ni logra la adhesión de los sectores mayoritarios de la emergente nación.

El Iluminismo como movimiento, la *Encyclopedie* como cuerpo y empresa de tipo cultural-ideológico y científico-tecnológico, resultan del trabajo de los *Philosophes*, e influyen y logran aceptación y apoyo por una parte de la élite del Antiguo Régimen. Ella abarca a los elementos esclarecidos de la clase dirigente, ubicados en posiciones dominantes del gobierno y la administración; la nobleza ilustrada; la burocracia deseosa

⁶ Sobre el Iluminismo y sus implicaciones para la crisis del Antiguo Régimen y el desarrollo de la Revolución, ver Bernard Groethuysen, *Philosophie de la Révolution Française*, Paris, Editions Gonthier, 1956; Norman Hampson, *The Englightenment*, Penguin Books, 1968.

REVOLUCIÓN, ESTADO E INTELECTUALES

de racionalización y modernización de la sociedad y del Estado; los parlamentos que definen sus privilegios con un lenguaje filosófico; sectores minoritarios de la nueva burguesía; los salones, academias, el conjunto del *Establishment* intelectual; todo ellos en París y en parte de las provincias.

El Iluminismo nunca deja de ser relativamente marginal o extraño respecto a la masa de población, compuesta por la aristocracia no ilustrada y aferrada a sus intereses, privilegios y prejuicios; por gran parte de la burguesía; por las masas populares del campo y la ciudad. El Iluminismo se mantiene ajeno a las situaciones, problemas y preocupaciones de esta mayoría poco radical, tradicionalista, religiosa, conservadora, que no desea una reconstrucción global de la sociedad y el Estado, sino el restablecimiento de costumbres e instituciones consagradas y la abolición de ciertos privilegios y abusos particularmente odiosos.

Pensamiento asociado a un grupo relativamente exclusivista, integrado en mayor o menor grado a la jerarquía establecida, el Iluminismo no es en sí mismo una ideología revolucionaria. Sus contenidos y rasgos característicos son el utilitarismo, el humanismo, el reformismo, el conservadorismo político. Se trata de un elitismo que no es favorable a la subversión, no es adversario irreconciliable del régimen señorial y monárquico, ni de las jerarquías existentes. Discurso más monárquico-aristocrático que democrático, el Iluminismo se inspira en una voluntad de racionalización y de laicización de la visión del mundo y de la sociedad, con un espíritu de servicio público, de participación cívica y de integración social. El cuestionamiento se dirige a los aspectos más retrógrados, abusivos y paralizantes del absolutismo y de los sectores privilegiados tradicionales. Las propuestas explícitas o implícitas apuntan a un programa de reformas de tipo modernizante y liberal, aplicables dentro del orden tradicional.

Así, el derrumbe de la monarquía, el inicio y el desarrollo de la Revolución, no son imputables a la difusión del discurso iluminista, en sí mismo no amenazante para el orden tradicional. En lo ideológico, la Revolución proviene más de los avances y logros de la praxis política de diferentes grupos desde 1787; de las sucesivas fases que en conjunto le confieren un carácter de modelo clásico de "Revolución Permanente";

Marcos Kaplan

del uso que las ideas e imágenes del Iluminismo reciben de los revolucionarios, que los separan de su contexto original y cambian sus contenidos y significados en función de sus intereses, conflictos y logros.

Este primer tipo de intelectual, de praxis ideológico-política, y de relación con el poder y el Estado presenta, además del modelo nuclear que se analizó, tres subvariedades que también prefiguran fenómenos futuros de los siglos XIX y XX.

La primera es la del intelectual que busca la salvación en el extranjero. La categoría general que se analizó constata la propia incapacidad para ganar directamente poder político por y para sí mismos, y tiende consiguientemente a convertirse en guía espiritual: asesores, eminencias grises, poderes detrás del trono, a fin de contribuir a un lento modelado de la realidad. Esta variedad tiene todavía poco desarrollo. Aparece en cambio la tendencia a la búsqueda de la salvación en el extranjero. Los *Philosophes* se sienten alienados de sus propias sociedades, culturas y sistemas políticos. Transfieren sus lealtades a las sociedades y sistemas de China, Rusia y Prusia. Las idealizan y mitifican, las admiran y adoptan como marcos de referencia para sus análisis, críticas y propuestas, contribuyen a legitimar sus estructuras de poder. Es el caso de las complejas y accidentadas relaciones entre Voltaire, Diderot y otros con Catalina de Rusia y con Federico el Grande de Prusia. En ello interviene el tratamiento benevolente y protector que dichos déspotas ilustrados dan a grandes figuras del Iluminismo, resentidas por las situaciones que sufren de bajo estatus, aislamiento, persecución y censura; tratamiento que combina el refuerzo de la autoestimación con el logro de ventajas materiales. Los *Philosophes* se sienten así capaces de ser nuevos Platones y Aristóteles en relación a ciertos gobernantes. Admiran en China, Rusia y Prusia a naciones que en su propia visión –con frecuencia idealizada y sesgada y en contraste con las situaciones vividas en el propio país– se destacan por las ventajas de la centralización política, el manejo racional del Estado y la sociedad, la contribución del déspota ilustrado a la rápida modernización y el papel privilegiado que se concede a los letrados. Estas relaciones no excluyen las tensiones y conflictos entre los intelectuales y los déspotas ilustrados –características en adelante de este tipo de relaciones. Con esta variedad del fenómeno analizado, que se

REVOLUCIÓN, ESTADO E INTELLECTUALES

dará luego con creciente frecuencia en otros países y etapas históricas, aparece ya el interrogante sobre ¿quién usa a quién?

Una segunda variedad, algo posterior al prototipo central, está representada por el intelectual que transita a una forma combinatoria de las propias capacidades y funciones con un mayor grado de participación y actuación en la política práctica y en el Estado. Ejemplo señero es el marqués de Condorcet. Éste irá acumulando sucesivamente los papeles de gran científico y conocedor en detalle de lo más avanzado de la ciencia de su tiempo, "último de los Enciclopedistas", participante en intentos de reforma del Antiguo Régimen como colaborador del ministro Turgot, ferviente partidario y activo participante de la Revolución, a cuyas vicisitudes y conflictos termina por sucumbir. Esta participación se da como político sin partido y representante por elección popular en cuerpos ejecutivos y legislativos. Frutos de esta participación son su aporte a la redacción de una constitución de la República, su redacción del histórico "Informe sobre la Instrucción Pública" para la Asamblea Nacional, sus precursores esfuerzos por definir y aplicar una política nacional de desarrollo científico y tecnológico, su "Esbozo de un Cuadro Histórico del Progreso del Espíritu Humano", su notable comentario a *La nueva Atlántida* de Bacon.

Una tercera subvariedad del primer tipo está constituida por los llamados "Rousseaus de la calle". Los mismos constituyen una prefiguración particular del fenómeno que Karl Mannheim definirá luego como "intelectual flotante", y del cual el siglo XX dará abundante ejemplificación en diversas regiones del mundo con diferentes variedades del "lumpenintelectual" o "lumpenprofesional".⁷ Se trata de un grupo de intelectuales en situación de relativa marginalidad, sobre todo respecto a los *Philosophes* y otros intelectuales que se benefician con los apoyos del patronazgo monárquico y aristocrático y que deben compartir la situación y la existencia de la masa de marginales y desclasados. Semi-empleados o desempleados, hambrientos, flotantes, resentidos, los miembros de esta categoría son inspirados a la vez por una ideología

⁷ Karl Mannheim, *Ideology and Utopia*, Harcourt, Brace & World, Inc., New York, p. 153 a 164.

Marcos Kaplan

igualitaria, por la megalomanía y ambiciones desmesuradas y por sentimientos de agresividad y venganza.

Constituyentes de una especie de bohemia intelectual, los integrantes de esta categoría producen una masa de planfletos de gran impacto público y constituyen además una red de difusores también marginales y dinámicos. Unos y otros realizan una empresa de descrédito de gobernantes, poderosos y privilegiados, de destrucción de los fundamentos ideológicos del sistema, de desautorización y deslegitimación. Ello encuentra gran recepción en diversos sectores de la sociedad que viven un clima de inmensas inquietudes, malestares, disgustos del presente, aspiraciones vagas a un cambio total, donde florecen variedades del irracionalismo (mesmerismo, magia, mística, religiosidad tradicional de tipo oficial u heterodoxo). Así, el resentimiento de la bohemia literaria converge con el de algunos de los *Philosophes* y escritores, como Diderot, humillados y ofendidos por un gobierno y una sociedad que ignora la legitimidad del poder de los intelectuales y motivados por un creciente odio al despotismo y la aristocracia. Converge también con la radicalización y politización del público cultivado y con las aspiraciones al cambio y la apertura de los marcos sociales de la nueva generación. Algunos miembros de esta subcategoría llegarán a desempeñar un papel muy destacado en la Revolución, como es el caso de Marat, lo cual entronca con la siguiente categoría a considerar.

El jacobino como intelectual en el poder

El grupo y proto-partido de los Jacobinos constituye un notable ejemplo del intelectual politizado, con proyecto político y capacidad para el control y el uso del poder estatal.⁸ El jacobinismo se recluta y constituye como una sección transversal media de la población urbana, con una considerable variedad de orígenes, trayectorias, niveles de ocupación y

8 Ver Lewis Coser, *Hombres de Ideas*, especialmente el capítulo 13; Lewis S. Feuer, *Ideology and the Ideologists*, New York, Harper & Row, 1975; Marc Bouloiseau, *Robespierre*, Paris, P.U.F., 1971.

REVOLUCIÓN, ESTADO E INTELECTUALES

de ingreso. El grupo llega a incluir unos pocos aristócratas y pobres desesperados, pero sobre todo una mayoría de clase media (alta y media-alta), pequeños comerciantes, artesanos, y muy escasa representación del nuevo proletariado. El núcleo duro y el sector mayoritario del jacobinismo están constituidos por intelectuales que se desempeñan como dirigentes y activistas en los comités, las diputaciones, la administración civil, el ejército y la guerra, la agitación, el periodismo, la dirección y movilización de masas. Ello abarca a médicos, sacerdotes, abogados, autores, actores, maestros, notarios, científicos frustrados, periodistas. Tienen en común el rechazo por una variedad de razones públicas y privadas de la vieja sociedad y la voluntad de usar las capacidades intelectuales y profesionales para justificar y legitimar su asalto al poder estatal, y la utilización de éste en la política diaria, hacia el interior y el exterior, para una reconstrucción de Francia, según los principios de la razón y la virtud naturales.

A los Jacobinos en el poder corresponde, y como ha destacado Henri Lefevre,⁹ la culminación de la obra del Antiguo Régimen, en parte por su destrucción, en parte por su liberación de límites estrechos y por la conservación de su personal, estructuras y contenidos que resulten recuperables. Los Jacobinos establecen la racionalidad del nuevo Estado como parte de una trinidad que también integran la Nación y la Razón. El racionalismo y la centralización estatales de los Jacobinos lanzan e imponen la representación mística del Estado como reflejo de la Nación unificada, que a su vez es producto del pueblo. Éste habría hecho a la Nación, que a su vez habría engendrado al Estado.

El proyecto de los intelectuales jacobinos supone y exige la ruptura con el pasado, la creación de una tabla rasa que permite recomenzar la sociedad y el Estado desde cero. Para ello se adopta un milenarismo secularizado y se recurre a un Reino del Terror que logre la regeneración por la violencia, la imposición de la libertad y la virtud a los recalcitrantes seres humanos.

Cumplen también los Jacobinos un pasaje, del papel de doctrinarios

⁹ Henri Lefebvre, *De L'Etat*, 4 volúmenes, Paris, Union Générale d'Editions, Coll.10/18, 1976.

Marcos Kaplan

postulantes al poder al de políticos y funcionarios profesionales del Estado. Asumen el mundo social y político como objeto de manipulación. Impulsan la burocratización del gobierno y la reducción de la participación social y política de los sectores cuya representación pretenden y a cuya movilización autoritario-vertical recurren.¹⁰

Los Jacobinos integran entonces una continuidad histórica con el Antiguo Régimen que los precede y con el bonapartismo y la subsiguiente sucesión de constituciones, regímenes y gobiernos.

Los científicos, la Revolución y el Estado

La Revolución Francesa también contribuye a un replanteo de las relaciones entre los científicos como subcategoría de los intelectuales, el poder político y el Estado.¹¹

El problema está prefigurado y se despliega en la figura y las propuestas de Condorcet. Antes de la Revolución y durante su participación en ella Condorcet formula y precisa la idea del progreso como resultante de nuevas relaciones entre la Ciencia y el Poder Político. Expresión máxima de la Razón, la Ciencia debe ser al mismo tiempo expresión organizada y organizadora de la sociedad. Debe además ser inseparable de la Democracia, en mutua interdependencia, lo que incluye la noción de la ciencia como modelo de una sociedad civil democrática. La democracia debe apoyar a la Ciencia, cuya realización requiere una limitación del poder del Estado, su conversión como servidor y no amo de aquélla. El destino personal de Condorcet, uno de los padres intelectuales de la Revolución –que ésta devora– revela las dificultades para la redefinición de las relaciones entre Ciencia y Estado.

¹⁰ Ver Daniel Guérin, *La lucha de clases en el apogeo de la Revolución Francesa, 1793-1795*, Madrid, Alianza Editorial, 1974.

¹¹ Ver Jean-Jacques Salomon, *Science et Politique*, Paris, Editions du Seuil, 1970; Charles Coulston Gillispie, "Science in the French Revolution", en Bernard Barber/Walter Hirsch, editors, *The Sociology of Science*, New York, The Free Press, 1966.

REVOLUCIÓN, ESTADO E INTELLECTUALES

La Revolución Francesa contribuye a desplazar el centro de la excelencia científica desde Inglaterra al continente europeo y en primer lugar hacia Francia. Aquélla tiene un impacto favorable en el desarrollo de la ciencia, por los cambios sociopolíticos que introduce y por los problemas que plantea.

La ideología democrático-liberal que inspira a la Revolución y a sus principales actores se caracteriza sin embargo por una ambivalencia respecto a la ciencia. Por un lado se evidencia una hostilidad de los revolucionarios y los sectores sociales que ellos expresan respecto a la ciencia como actividad aristocrática y a la tecnología como creadora de desempleo y pobreza para los artesanos y trabajadores. Pero por otro, se concibe a la Ciencia como necesariamente al servicio de la liberación popular y nacional. La Revolución trae consigo una primera etapa de destrucción de instituciones científicas: la abolición de la Academia de Ciencias; la ocupación del Observatorio por los ayudantes de investigación; la purga de Laplace, Lavoisier y Lagrange de los comités científicos y tecnológicos; la muerte de Lavoisier y Condorcet.

Contrariamente, ya incluso en la fase jacobina, se va estableciendo una nueva relación entre Estado y Ciencia, en la cual el primero apoya a la segunda pero le exige la participación en las actividades del gobierno y el control de éste. Desde el Año II de la República tiene lugar la movilización de los científicos al servicio del Estado; su incorporación para tareas de apoyo, consejo, misiones y decisiones políticas. Ello va acompañado por una exigencia de lealtad y politización, discriminaciones y el privilegio de la ciencia aplicada respecto a la pura. Los científicos no dejan sin embargo de irse perfilando como grupo con poder, prestigio e influencia.

Pasado el Terror se da un período de reconstrucción, la creación o la resurrección de un gran conjunto de instituciones científicas, de docencia e investigación, que restauran el liderazgo y expansión de la ciencia francesa, y contribuyen a mantenerlo durante varias décadas.

Marcos Kaplan

Los intelectuales legitimadores

De la Revolución y el Imperio surge el prototipo del intelectual legitimador de los nuevos sistemas de poder en dos variedades: los Ideólogos y los contrarrevolucionarios conservadores. Ambos comparten el papel de intelectuales como modeladores de sistemas de símbolos, ideas y propuestas que legitiman el poder estatal y sus usos, en un caso en beneficio del Imperio napoleónico, en el otro como nuevas justificaciones cuando una situación histórica transformada muestra la insuficiencia de las antiguas para sostener o consolidar el poder.

La primera variedad está representada por los *Ideologues*, el grupo de los jóvenes que llegan a ser últimos representantes de la filosofía del Iluminismo, la herencia y continuidad de su tradición, pero también la adaptación a los cambios introducidos por la Revolución y el Imperio y la proyección hacia el futuro (Volney, Destutt de Tracy, Cabanis).¹²

Su doctrina es formulada y desarrollada a partir del concepto de ideología que Destutt de Tracy propone en 1812, como disciplina filosófica que analiza el funcionamiento de la mente humana de modo empírico, como objeto natural. Ello permitiría determinar la verdad y el error en las ideas y disponer de un método para su validación. El gobernante podría conocer los hombres y las ideas, estar en condiciones de erigir un orden justo y razonable. Se da importancia primordial a la educación y al principio de ciudadanía como condición de una política racional y garantía de la libertad en lo político, lo económico y lo cultural.

Los Ideólogos toman posición en la política, descienden a su arena. Participan en la Revolución, en comités legislativos, en la Asamblea y en la Convención, y lo hacen como burgueses liberales, moderados, girondinos, víctimas de la persecución jacobina. Tras el Terror incrementan sus desempeños en papeles públicos, tienen la autoría de la Constitución del Año III, contribuyen a la transformación de la educación y a la creación o avance de las instituciones científicas y culturales de mayor influencia, asumen un papel dirigente en la vida intelectual y política del Directorio.

¹² Ver Coser, *Op. cit.*

REVOLUCIÓN, ESTADO E INTELLECTUALES

Los Ideólogos se entusiasman con Napoleón como hombre ilustrado en el poder, posibilidad de unión de ese poder con los intelectuales, fuerza que permita realizar el reino de la Razón, medio para que el grupo cumpla un papel más influyente y decisivo en la política y en el Estado. Contribuyen considerablemente a la legitimación por la comunidad intelectual de Napoleón y del Estado fuerte. Participan en la preparación de la Constitución no liberal ni democrática del Año VIII, y se incorporan al Senado, al Tribunado y al Ayuntamiento.

Sin embargo, se van dando crecientes evidencias de la repugnancia de Napoleón por estos "hombres con un sistema", poco flexibles y adaptables a las demandas del nuevo régimen, demasiado analistas e ideologizados, soñadores ilustrados, en contraposición a la preferencia del Primer Cónsul y Emperador por los hombres pragmáticos y dedicados al manejo de hechos positivos y exactos. Frente a las críticas de los Ideólogos, Napoleón les plantea una opción de hierro: el sometimiento o la exclusión de la vida cultural y política. Muchos de ellos eligen el exilio interno o externo, para la conservación de una visión liberal en una época autoritaria y la posibilidad de una oposición al poder personalizado y autoritario.

Con los Ideólogos aparece lo que se ha denominado el paradigma redentor, el poder personificado y populista-nacionalista, para resolver las contradicciones y conflictos de la Revolución, de sus insuficiencias, de una modernización incompleta y a cumplir a cualquier costo. Es el paradigma que Hegel presiente cuando ve en Napoleón una encarnación del "Espíritu del Mundo a Caballo". Es el fenómeno sobre el cual Max Weber modelará el concepto de legitimación carismática, sobre cuyos peligros advertirá en su "Política como Vocación".¹³

Por la otra parte, la Revolución Francesa y el Imperio dan lugar, tras una primera resonancia y un inicial sentimiento favorable en importantes sectores de Inglaterra, Alemania y otras partes de Europa, a una fase de reacción romántico-consevadora.

¹³ Ver Ferenc Feher, "Redemptive and Democratic Pardigms in Radical Politics", en *Telos-A Quarterly Journal of Critical Thought*, New York, Telos Press, Number 63, Spring 1985, p. 147-156.

Marcos Kaplan

En Francia, "las clases privilegiadas no se sometieron voluntariamente al nuevo orden. Intentan, en el plano teórico, un esfuerzo desesperado para reaccionar contra la filosofía de los derechos naturales y sustituir al individualismo revolucionario por el respeto de los valores tradicionales... Es así como se desarrolla en Francia, paralelamente a los otros Estados de Europa, esta escuela tradicionalista, que busca reanudar sus lazos con los siglos pasados. Escuela que se ha designado igualmente con el nombre de ultramontana o teocrática, porque, tomando sus argumentos de la filosofía medieval, tiende a someter no sólo al individuo al poder civil, sino aún más el poder civil al eclesiástico, considerado como el representante de Dios mismo. Pero detrás de estas teorías es fácil reconocer el rencor de las antiguas clases privilegiadas que, intransigentes en cuanto a los principios y ávidas de venganza, sueñan con el restablecimiento del Antiguo Régimen". Principales encarnaciones en Francia de esta posición son Joseph de Maistre, Louis de Bonald, el abate de Lamennais.¹⁴

52

En Inglaterra y Francia se da una fuerte reacción nacional contra la Revolución Francesa y el Imperio y sus tendencias autoritarias, expansionistas y desorganizadoras. Ellas son vistas como resultantes de la aceptación acrítica del Iluminismo, del optimismo y del racionalismo ingenuos del siglo XVIII; de su concepción de un universo racional y mecánico; de su intento de reordenar la sociedad de acuerdo a principios puramente racionales; de su cosmopolitismo. Se reconoce la existencia y el papel positivo de los factores irracionales de la conducta humana: tradición, emociones, imaginación, sentimiento, intuición, religión, poesía, arte, y la necesidad de su liberación como esenciales para comprender la naturaleza y la sociedad. La mente tiene un papel modelador del mundo. El grupo, la comunidad, la nación son conceptos fundamentales que exigen la obligación del individuo. Se debe investigar el origen de las instituciones y mirarlas como producto de un lento desarrollo orgánico, no de una acción racional y calculada.

Esta tendencia se expresa en Inglaterra con la obra enormemente

¹⁴ Jacques Droz, *Histoire des Doctrines Politiques en France*, Paris, P.U.F., 1975.

REVOLUCIÓN, ESTADO E INTELLECTUALES

influyente de Edmund Burke, *Reflections on the Revolution in France*. En Alemania, tras una fase de enorme resonancia y simpatía respecto a la Revolución y el Imperio, los intelectuales se alejan, se vuelven hostiles, y terminan por aceptar el predominio de una corriente antirrevolucionaria, de romanticismo conservador, que encarna sobre todo en Novalis, Fichte y el Hegel de la madurez. Con esta última variedad de intelectual contrarrevolucionario, dedicado a la defensa y legitimación de los regímenes más conservadores y reaccionarios de la Europa posterior a 1815, se completa la tipología de los intelectuales en su relación con el poder político y el Estado que emerge del impacto de la Revolución Francesa y el Imperio Napoleónico. No resultaría un esfuerzo desmesurado demostrar la reproducción ampliada de dicha tipología en otras regiones y países y en otras fases de la historia contemporánea.